

de horror la comarca llena
cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca, que en su intento,
sin que su afán se corra,
ama con ardor violento
memorias que el tiempo borra,
cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oído,
porque escarnecerla puedan,
que en este mundo fingido
sólo pagan con olvido
á los que se van, los que quedan!

XXVIII

BUENAS COSAS MAL DISPUESTAS

Epístola á Emilia

(SÁTIRA CONTRA EL GÉNERO HUMANO)

Verdadera miseria es vivir en
la tierra. Cuando el hombre quiere
ser más espiritual, tanto le será
más amarga la vida; porque siente
mejor, y ve más claro los defectos
de la corrupción humana.

(KEMPIS, lib. I, cap. XXII.)

INTRODUCCIÓN

Del hombre, Emilia, las virtudes canto,
aunque al hombre al cantar, siempre sin calma
cayendo está sobre mi risa el llanto.

Dicen que lleva la moral la palma
con el físico el alma comparando,
mas tan ruin tiene el cuerpo como el alma.

Perdonad mi opinión los que llamando
al hombre la mejor de las conquistas,
un culto le rendís; ¡culto nefando!

Hablo con vos, ilusos moralistas,
con vos, factores de virtudes, hablo,
que en el hombre miráis cosas no vistas.

Vos, alzando un aurífero retablo,
ponéis al hombre en preeminente nicho,
siendo digno de altares como el diablo.

Vos, que le amáis por bárbaro capricho,
sois, su hipócrita instinto disculpando,
más hipócritas que él: lo dicho, dicho.

Vos, al hombre en vosotros adorando,
vivís, amantes de vosotros mismos,
la humanidad falaces incensando.

¡Huid con tan revueltos silogismos
á la luz con que alumbro temerario
del corazón los múltiples abismos!

Derrocad por pudor vuestro escenario,
ó, agitado á mi voz el pueblo, arguyo
que os romperá en la frente el incensario.

Mas ya de vos, sin ahuyentáros, huyo,
porque, altivo, desprecio á los histriones,
y en santa paz mi introducción concluyo.

Cuando, cual don de sus mejores dones,
Dios hizo al hombre, le adoptó por hijo,
y en su afán le colmó de bendiciones.

Y en cuanto al hombre su Señor bendijo,
—Si ennobleces con esto tu existencia,
serás mi ser más predilecto,—dijo.

Y en prueba de inmortal munificencia
echó á sus pies con paternal contento
la fe, el amor, la gloria, la conciencia,
el honor, la virtud, el sentimiento.

I

EL SENTIMIENTO

¿Qué dirás que hizo el hombre, aun inocente,
al verse de virtudes opulento?

(No te rías, Emilia.) Lo siguiente:

Al sentimiento se acercó al momento,
y echando al corazón enhoramala,
se colocó en la piel el sentimiento.

La aprensión, vive Dios, no fué tan mala,
porque en su alma el dolor jamás se ceba,
pues siempre fácil por su piel resbala.

Así el dolor de la más triste nueva,
si un aire se lo trae, cuando pasa,
otro aire, cuando pasa, se lo lleva.

Y así el alma en sentir es tan escasa,
cuando antes, por la piel, el sentimiento
con ímpetus brutales no traspasa.

¡Ay, por eso se olvidan al momento
al muerto padre, que á llorar provoca,
la ausencia de un amigo y de otros ciento!

Y así el alma en su fondo nunca toca
la lumbre de unos ojos que se inflaman,
el regalado aliento de una boca.

Y por eso nunca oye á los que la aman,

cuando, con voces de dolor gimiendo,
del corazón contra las puertas llaman.

Y solamente con la *piel* sintiendo,
al hombre vil con corazón vacío
(de golpes y estocadas prescindiendo),
sólo le afectan el calor y el frío.

¿Lo has oído, bien mio?
Sólo le afectan el CALOR y el FRÍO!

II

LA CONCIENCIA

El hombre, por su infamia ó su inocencia,
se puso en el *estómago*, y no es broma,
la Augusta cualidad de la *conciencia*.

Por su *conciencia* el hambre á veces toma,
y por eso en el hombre nadie extraña
que su deber olvide porque coma.

¡El alma enciende, en implacable saña,
ver la *conciencia* á la opresión expuesta
de un atracón de trufas y champaña!

En alta voz mi corazón protesta
contra esta rectitud del hombre fiero,
puesto que de él la rectitud es ésta.

¿Quién espera en la fe de un caballero,
si otro contrario regaló su panza
(hablo siempre en metáfora) primero?

¿Quién verá sin impulsos de venganza
que un cuarterón de... (cualquier cosa) inclina
de la justicia la inmortal balanza?

¡Miseria humanidad, á quien domina
ya de una poma la frugal presencia,
ya el aspecto vulgar de una sardina!

Jamás un noble escucha con paciencia
que llame á su despensa algún ricacho
general tentación de la conciencia.

¿A qué alma sin doblez no causa empacho
ver que el hombre, honrosísimas cuestiones
las reduce á cuestiones de gazpacho?

Decid, ¡oh diplomáticos varones!
los muchos tratos que hacen y deshacen
pechugas de perdices y pichones.

El hambre ó el interés deshacen ó hacen
cuanto ofrece aumentar nuestra opulencia,
pues como dicen los que pobres nacen:
«*El hambre es quien regula la conciencia.*»

Añade á tu experiencia,
que el hambre es quien regula la conciencia.

III

EL HONOR. — LA VIRTUD

VIRTUD Y HONOR, Emilia, y no te asombre,
puso el hombre en la *lengua*, y por lo mismo
de *honor* y de *virtud* tanto habla el hombre.

De su *virtud* y *honor* el heroísmo
pondera altivo, hablando y más hablando,
silogismo añadiendo á silogismo.

Siempre al hombre más vil verásle alzando
un pedestal donde su honor se ostente,
las frases con las frases combinando.

Rico ó pobre, el mortal eternamente
llama á su honra *el amor de los amores*;
¡maldito charlatán, y cuánto miente!

Jamás á la *virtud* faltan loores
de las doncellas en la linda boca,
cráter que Mayo coronó de flores.

Hay tanta lengua que el *honor* evoca,
que, ya ofuscada mi razón, no explico
si á risa, á llanto, ó á indignación provoca.

Perpetuamente en expresiones rico,
¡qué hermoso fuera el hombre si tuviese
las entrañas tan bellas como el pico!

En general, si hay uno que os confiese
que es la *virtud* su solo patrimonio,
bien podéis exclamar: «¡Qué pobre es ese!»

O buscad de su *honor* un testimonio;
veréis que por dos cuartos... (y son caras)
honra y *virtud* se las vendió al demonio.

Pues como dijo el padre Notas-Claras
(que era un fraile muy sabio, por más mengua):
—Salvo alguna excepción (que son muy raras),
no hay *honor* ni *virtud* mas que en la lengua.—

¿Lo has entendido? ¡Oh mengua!
¡No hay honor ni virtud mas que en la lengua!—

IV

EL AMOR

¿Qué hizo el hombre—dirás, Emilia bella,—
con la llama de AMOR?—¡Ay! El idiota
la torpe sangre se inflamó con ella.

Y así, de *amor* si el huracán le azota,
por sus entrañas circulando ardiente,
el torpe incendio á los sentidos brota.

Lleva el *amor* su antorcha diligente
por aldeas, por villas y por plazas,
de nación en nación, de gente en gente.

Diablo es *amor* de angelicales trazas
que, estirpes con estirpes confundiendo,
las razas asimila con las razas.

Ora hacia el lecho conyugal corriendo,
de alta estirpe pervierte el tronco honrado,
de un ruin árbol el germen ingiriendo;

ora, en traje modesto disfrazado,
la inocencia sorprende en la cabaña,
de mirtos y de rosas coronado;

ya con infame ardor, montando en saña,
la augusta luz de la imperial diadema
con nieve eterna el deshonor empaña;

y en el furor de su ilusión extrema,
con vil incesto, ignominiosamente
el santo hogar donde nacimos quemamos.

Pasa, gozada, una ilusión ardiente,
¡oh fútil brillo de la gloria humana!
como todos los goces, de repente.

Y hasta los fuegos que tu pecho emana,
mañana acabarán, Emilia mía;

¡sí, Emilia mía, acabarán mañana!

El más seguro *amor* que el cielo envía,
entre el montón de los recuerdos vaga,
después que pasa un día y otro día.

¡Es triste que el *amor*, que tanto halaga,
se extinga, no apagándolo, en pavesas,
ó en cenizas se extinga, si se apaga!

Mas, pese á las promesas más expresas,
muere el *amor* más tierno, confundido
entre cartas y dijes y promesas.

Y á llegar fácilmente reducido
al término infalible de la muerte,
en cenizas ó en pavesas convertido,
fuego es *amor* que en aire se convierte.

Advierte, Emilia, advierte:

¡Fuego es *amor* que en aire se convierte!

V

LA FE. — LA GLORIA

La bribonada, Emilia, ó la simpleza,
cometió el hombre de poner FE y GLORIA
donde está la locura, en la cabeza.

Por eso en nuestra mente transitoria
la *fe*, que muchos con placer veneran,
es tan fútil cual rápida memoria.

Y aunque se indignen los que en ella esperan,
la *gloria* es sueño, ¡oh! sí, simple embeleso,
sombra, ilusión, ó lo que ustedes quieran.

¡A cuánto exceso arrastra, á cuánto exceso,
ese tropel de imágenes que crea
la propiedad fosfórica del seso!

¡Por la *gloria* el mortal llegar desea
á la inmortalidad! ¡Nombre rotundo!

¡Buen lugar para el tonto que lo crea!

Por la *fe*, en ese piélago profundo,
mil rosas aguardamos tras la losa;
¡oh esperanza dulcísima del mundo!

Y sólo por la *gloria*.—AQUÍ REPOSA—
grabamos en sonoras expresiones,
—DON FULANO DE TAL, QUE FUÉ TAL COSA.—

Y por más que en tan vagas emociones
su existencia malgasta con empeño
(su destino en correr tras de ilusiones),
gloria y *fe* para el hombre son un sueño.

No lo olvides, mi dueño:

¡*Gloria* y *fe* para el hombre son un sueño!

CONCLUSIÓN

Ya que mi atroz prolijidad lamentas,
voy, Emilia, á decir, por consiguiente,
lo que es el hombre en resumidas cuentas:

Ahoga el *interés* primeramente
su *honor* y su *virtud*, su *fe* y su *gloria*,
y con *frio* y *calor* tan sólo siente.

En fin, porque ya abrumo tu memoria,
de las virtudes lloraré la ausencia,
pues mi pasión por ellas te es notoria.

¡FE, SENTIMIENTO, AMOR, HONRA Y CONCIENCIA,
pues se os desprecia, abandonad el suelo,
ensueños de mi cándida inocencia!

¡Tornad, fuentes del bien, tornad el vuelo
para castigo de la humana gente,
á vuestra patria natural, el cielo!

¡GLORIA Y VIRTUD! Yo os juro tiernamente
que al alejaros, desgarráis atroces
el corazón donde os guardé inocente.

¡Huid, á mi pesar, huid veloces,
leves emblemas del orgullo humano,
sonoros ecos de proscritas voces!

¡Adiós! Y, por dar fin, bésoos la mano,
pues ya me llena de mortal despecho
la convicción de que predico en vano.

Que á ahogar el hombre sus virtudes hecho,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

10422

sólo le han de afectar, á pesar mío
(por Dios, que este final desgarró el pecho),
calor, hambre, interés, amor ó frío...

Apréndelo, bien mío:
¡CALOR, HAMBRE, INTERÉS, AMOR Ó FRÍO!...

XXIX

¡AY DEL QUE NACE Ó MUERE!

—¡Adiós por siempre, hijo del alma mía!—
un triste anciano al expirar clamaba;
y el tierno infante que su sien besaba,
—¡Adiós por siempre!—el infeliz decía,
Vertió el viejo la lágrima postrera
y vertió la primera el niño en tanto;
y confundidas última y primera,
símbolo fueron de su igual quebranto.
¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
del corazón brotó más dolorida?
¿La del que el mal primero halló en la vida,
ó la de aquel que un bien halló en la muerte?...

XXX

HISTORIA DE UN AMOR

Pero, si alcanza lo que deseaba,
siente luego pesadumbre por el re-
mordimiento de la conciencia que
siguió á su apetito...

(KEMPIS: Imitación de Cristo, LI-
BRO I, CAP. VI.)

I

DESEO

—Román, tu ciencia es incierta;
me ha dicho quien bien lo sabe
que es la pureza una llave
que abre del cielo la puerta.

—Victoria, por Dios, ahora
de la juventud gocemos,
porque, después que expiremos,
lo que ha de pasar se ignora.

—No gozo por no penar.
—Pues es igual, á mi ver,

gozar para padecer
que padecer por gozar.

Si Dios nos cierra su gloria,
en el infierno, algún día
será inmortal, alma mía,
de este placer la memoria.

Porque un recuerdo tan fuerte
de tan grande bienandanza,
traspasa, cual la esperanza,
los límites de la muerte.

Hoy mis deseos coronas
del favor más soberano,
con esta trémula mano
que en tu embriaguez me abandonas.

Deja que en ansia tan loca
una mi frente á tu frente,
porque me ahoga el ambiente
que no perfuma tu boca.

Pon en tu blando extravío,
para calmar mis antojos,
tus ojos junto á mis ojos,
tu corazón junto al mío.

II

PLACER

Es imposible, Victoria,
que haya un tormento
que me haga olvidar la gloria
de este momento.

No, quien dicha tan cumplida
á ver llegó,
ni en la eternidad la olvida.

—¡Ay, no! ¡Ay, no!—

Mi ser de tu ser recibe
mutuos placeres;
y, pues uno en otro vive,
nuestros dos seres,
en tan dulce parasismo,
¿no es cierto, dí,
que son partes de un ser mismo?
—¡Ay, sí! ¡Ay, sí!—

Si cuestan horas serenas
penas sin cuento,
vale un infierno de penas
este momento.

Dí si en tu virtud pasada
tu alma encontró
satisfacción más colmada.
—¡Ay, no! ¡Ay, no!—

Modera tu ardor, querida,
por un instante,
que no hay deleite en la vida
más adelante...
¡Victoria!—¡Román!—La muerte
á mí...—Y á mí...
—Hálleos ¡ay! de esta suerte.
—¡Ay, sí! ¡Ay, sí!—

III

HASTÍO

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastío
ya en tu indolencia paladeando vas;
jamás mi fe te pagará, bien mío,
ese rubor que devorando estás.
—¿Jamás?
—¡Jamás!

—¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
do tu inocencia sepultando irás:
el placer es verdugo de sí mismo;
jamás el gusto sin dolor verás.
—¿Jamás?
—¡Jamás!

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento,
siendo ludibrio de ti misma estás;
ya el puñal de un atroz remordimiento,
¡perdón!, *jamás* lejos de ti verás.
—¿Jamás?
—¡Jamás, paloma sin candor, *jamás!*...

XXXI

PORVENIR DE LAS ALMAS

A R..., en la muerte de su hija

Si de vuestra hija fué estrella
dar tan niña el alma á Dios,
¡ay, feliz mil veces vos!
¡dichosa mil veces ella!

Pues ya huella
las celestiales alturas,
no halle en vos nunca lugar
el pesar,
porque para almas tan puras,
morir es resucitar.

¿Para qué lloráis perdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar *eterno*
dejó un lugar de *partida*?
Si es la vida
caos de dudas y penas,
¿quién la muerte, al que bien quiere,
no prefiere,
si el que vive, vive apenas,
y resucita el que muere?

Siempre, llena de consuelo,
viendo á un ser puro sin vida,
la multitud, de fe henchida,
prorrumpe:—¡Angeles al cielo!
Ni ¿á qué duelo
es mostrar, cuando la carga
de la existencia maldita
Dios nos quita,
si tras de una vida amarga,
muriendo se resucita?

No dé á vuestra alma afligida
la más leve pesadumbre
esa negra incertidumbre
del *más allá* de la vida.
Si es mentida
la fe de ulterior solaz,
al menos, los que viviendo
van gimiendo,
en otro mundo de paz
resucitarán muriendo.

Ya habita, aunque el desconsuelo
os haga implacable guerra,
un *triste* menos la tierra,
y un *dichoso* más el cielo.
De su vuelo
iréis vos, muriendo en pos,
si á Dios dais en implorar
sin cesar,
pues para justos cual vos,
morir es resucitar.

XXXII

TODOS SON UNOS

I

Voy á contaros la historia
de una entrañable pasión,
aunque se haga, á su memoria,
pedazos mi corazón.

Que hay historias que, aunque pasan,
por siempre, á nuestro despecho,
los ojos en llanto arrasan
y ayes arrancan del pecho.

Pues siempre entre las pasiones
hay una á cuyos reveses
se agotan las ilusiones
como al estío las mieses.

Cuento la historia querida
de esa pasión desgraciada
que, aunque amarga nuestra vida,
sin ella la vida es nada.

Pues tras de ese amor tan tierno,
siempre queda en la memoria
todo el dolor del infierno,
todo el placer de la gloria.

No hay mortal afortunado
para quien la triste idea
de un buen querer mal pagado,
eterno dogal no sea.

Si la mujer con rigores
paga tan tiernos quereres,
si es tan cruda en sus amores,
hombres, ¡lo que son mujeres!

II

Pues cuento de amor historias,
copiaré letra por letra
el libro en que sus memorias
grababa la hermosa Petra.

Después de amar con locura,
tuvo de morir la suerte;
que hay males que sólo cura
el bálsamo de la muerte.

Petra, cual dije al principio,
su historia dejó al mundo hecha,
y en ella hasta el menor ripio
es para el alma una flecha.

Pues no hay sensible lectora
que, al repasar sus anales,
si á todo llorar no llora,
no exclame: —Aquí de mis males.—

Pues llega en ella á hacer ver,
de su ciencia en testimonio,
que es un *ángel* la mujer
y que es el hombre un *demonio*.

Y después que al hombre injuria,
con frases por el estilo,
de este modo el *ángel furia*,
coge de su historia el hilo:

—Que no hay fe en hombres contemplo—
(prosigue la hermosa Petra)
—y son de esto buen ejemplo,
Pablo, Juan, Luis, Diego... etcetra.

De esta manera injuriando
sigue nombres tras de nombres,
y al fin concluye exclamando:
—Mujeres, ¡lo que son hombres!

III

Si á los dos sexos igualo,
es porque infiero con pena
que, si es el hombre *algo malo*,
es la mujer *no muy buena*.

Donde las toman, las dan,
asienta un refrán de amor;
y, cual dice otro refrán,
á un pícaro, otro mayor.

A buena fe, mala fe;
á un *adelante*, un *arredro*;
quien más mira menos ve;
tan bueno es Juan como Pedro.

Con cuyos versos, acaso
probar á los hombres plugo
que el que es *victima* en un paso,
en otro paso es *verdugo*.

Por eso sé que, al que falso
á una mujer asesina,
le han de servir de cadalso
las rejas de otra vecina.

Y la que dice—no quiero,—
cuando *amor* le canto amante,
sé que amará á otro coplero,
aunque *epitafios* le cante.

Porque esta es la ley más triste
que impone amor justiciero:

*«Cuando quise, no quisiste,
y ahora que quieres, no quiero.»*
Pues hombre y mujer son seres
con fe igual y varios nombres;
hombres, ¡lo que son mujeres!
mujeres ¡lo que son hombres!

XXXIII

PROXIMIDAD DEL BIEN

En el tiempo en que el mundo informe estaba,
creó el Señor, cuando por dicha extrema
el paraíso terrenal formaba,
un fruto que del mal era el emblema,
y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adán al mismo lado
el señor colocó del bien el fruto;
pero Adán nunca el bien halló, ofuscado,
porque es del hombre mísero atributo
huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal símbolo era
puso Dios escondido y muy lejano;
pero Adán lo encontraba donde quiera;
abandonando en su falaz quimera,
por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ay! Siempre el hombre, en su ilusión maldita,
su misma dicha en despreciar se empeña,
y al seguirla tenaz, tenaz la evita,
y aunque en su mismo corazón palpita,
¡lejos, muy lejos, con afán la sueña!...

XXXIV

PLACERES TRISTES

Que te admire no es justo,
si á bostezar empiezas,
la turba que á admirarte va al teatro.
¿Quién ha de ver con gusto
que pertinaz bosteza
una vez, y otra vez, y tres y cuatro?

¡Ay, prenda que idolatro,
ahora sé, á pesar mío,
que es el placer la fuente del hastio!

Si el ver tantos galanes
tu bostezo provoca,
¿qué harás cuando estés sola, Rosalía?
No juzgué, ¡voto á Sanes!
tan inmensa esa boca
que ha poco me llamaba «vida mía».
¡Cuánta razón tenía
quien dijo sabiamente
que son los goces del hastio fuente!

En tus ojos serenos
hoy se ve una zozobra
que ya la bilis de tu madre exalta.
¿Qué echas de más ó menos?
¿Es tu madre quien sobra?
¿Soy yo (¡quíralo Dios!) lo que te falta?
¿Por qué el dolor te asalta?
¿Será cierto, bien mío,
que es el placer la fuente del hastio?

Desde... (ya tú me entiendes),
yo también, Rosalía,
con honda pena ¡ay de mí triste! lidio.
¿Cómo en rubor te enciendes!
¡Llora, sí, vida mía,
después de tanto amor, tanto fastidio!
Lloremos (pese á Ovidio),
aunque mi amor lo siente,
¡que son los goces del hastio fuente!

Si el placer que gozamos
nuestras almas abisma
en un fiero dolor que nos devora,
tras la virtud corramos,
pues tan sólo á sí misma
eternamente la virtud se adora.
¡Oh, malhaya la hora
en que aprendí, bien mío,
que es el placer la fuente del hastio!

XXXV

LA DICHA ES LA MUERTE

¡Sarcasmo ruin de la suerte
para el alma dolorida,
no ver hermosa la vida
sino al dintel de la muerte!

(E. FLORENTINO SANZ)

I

—¡Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
pues que mi pecho tras la dicha va,
tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE

—¡Llorando el niño entre mi seno está!
¡Id más allá!

II

—¡Hermosas! solo, en extranjera tierra,
prestadle dicha á quien tras ella va,
pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS

—¡Triste del ser que idolatrando está!
¡Id más allá!

III

—¡Magnates! hoy vuestra piedad imploro;
loco mi pecho tras la dicha va;
si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES

—¡Ved que amagándoos el puñal está!
¡Id más allá!

IV

—¡Ancianos! presa de infernal batalla
mi pecho en pos de la ventura va.
¿Ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS

—¡Ni al borde mismo de la tumba está!
¡Id más allá!

XXXVI

LA OPINIÓ

A mi querida prima Jacinta Witte de Llano, en la muerte de su hija

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decía
viendo el féretro pasar:
Un clérigo.—Empiece el canto.
El doctor.—¡Cesó el sufrir!
El padre.—¡Me ahoga el llanto!
La madre.—¡Quiero morir!
Un muchacho.—¡Qué adornada!
Un joven.—¡Era muy bella!
Una moza.—¡Desgraciada!
Una vieja.—¡Feliz ella!
—¡Duerme en paz!—dicen los buenos.
—¡Adiós!—dicen los demás.
Un filósofo.—¡Uno menos!
Un poeta.—¡Un ángel más!

XXXVII

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

I

—Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién es.
—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
nos visteis juntos?—Pues.
Perdonad, mas...—No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón:
—¿Querido?...Pero, en fin, ya lo habéis puesto...
—Si no queréis...—¡Sí, sí!
¡Qué triste estoy! ¿No es eso?—Por supuesto.
¡Qué triste estoy sin ti!
Una congoja, al empezar me viene...
—¿Cómo sabéis mi mal?...
Para un viejo, una niña siempre tiene
el pecho de cristal.